

El culto de Isis en el Oriente mediterráneo (Plutarco y Apuleyo)

Xabier PIKAZA

I. Plutarco

1. Introducción

La antigua Isis, venerada en los cultos egipcios, ha sido asumida y transformada de manera poderosa por la devoción y teología del sincretismo helenista tal como aparece en Plutarco, *De Isis y Osiris* (siglo II d. C.). Comenzaremos presentando los personajes de ese libro, situándolos sobre el trasfondo del antiguo *Himno a Deméter* de la tradición griega más antigua.¹

En el principio de este mito se halla Osiris, nueva versión de la figura del gran dios masculino abarcador. Osiris es padre y esposo, es principio de vida y es vida que renace (se transforma) por la muerte. Por eso asume los rasgos de Zeus, dios bueno (48; 370 C); de Dioniso, dios que muere y vuelve a nacer (28-31; 362-364), y de Hades, rey de la muerte que se vuelve principio de transformación espiritual para los hombres cultos, platónicos y órficos (28-31; 362-364):

Este dios Osiris manda y reina sobre los muertos, no siendo otro que el llamado entre los griegos Hades y Plutón... Este Dios está, él mismo, lo más lejos de la tierra, donde se ocultan los cuerpos de los que parecen alcanzar su fin... A las almas de los hombres aquí encerradas en sus cuerpos y pasiones no les es posible una participación del dios, excepto una visión velada que se alcanza por

1. Para una justificación del tema cf. Ch. FROIDEFOND, *Plutarque. Oeuvres Morales V,2* (Paris: Budé 1988) 3-176 y 256-361. Texto del himno a Deméter en H. HUMBERT, *Homère. Hymnes*, (Paris: Budé 1967) 42.58; cómoda traducción en A. BERNABÉ, *Himnos homéricos* (BC Gredos 8; Madrid 1988).

la comprensión, gracias a la filosofía; pero cuando, liberadas, se trasladan a lo incorpóreo, invisible, insensible y puro, este dios es para ellas su guía y rey, pues dependen de él mientras contemplan insaciablemente y desean la belleza inefable e inexpresable para los hombres (78; 382 F - 383 A).²

En segundo lugar encontramos a Isis, diosa abarcadora femenina, esposa y madre. Ella ha venido a convertirse de algún modo en signo personal (humano) de todos los aspectos sagrados de la vida de los hombres sobre el mundo. Lógicamente, Isis asume los rasgos de las diosas más importantes de Grecia.

Ella aparece en forma de Deméter, como madre tierra. Así, es la madre que llora por el hijo/esposo muerto (69; 378 e) y es la tierra que ofrece su fruto (66; 377 D-E) .

Pero Isis es también un tipo de Afrodita, diosa universal del amor, la verdadera esposa y amante del dios masculino (de Zeus/Hades). En esta línea, el mismo mito sitúa su matrimonio con Osiris sobre el trasfondo hierogámico de Malkandros (Melkart, Baal) con Astarté (Hathor, Ashera) (cf. 15; 357b).

Finalmente, Isis aparece vinculada con Atenea, diosa del orden humano (cf 70; 379 C- D). En este contexto ha ofrecido Plutarco una interesante noticia diciendo que Atenea/Isis lleva esta inscripción: yo soy todo lo que ha sido, es y será; y ningún mortal jamás ha levantado mi velo (peplon) (9; 354 C).

Isis aparece así como la *diosa total*. Es la expresión de la sacralidad femenina y receptiva: es la tierra fecundada por el esposo divino, la materia acogedora, la humanidad total en forma de mujer que ama y busca sin cesar a su esposo (muerto, resucitado) para contemplarle y alcanzar de esa manera la plenitud de su vida:

La antigua leyenda declara que Isis está siempre enamorada
de la belleza inefable e inexpresable (de Osiris);
por eso la persigue y se une íntimamente a ella,
colmado de todas las cosas bellas y buenas
a los seres de este mundo que participan de la generación (78; 383 A).

Isis es, por tanto, *el signo de la Esposa tierra* fecundada por el buen esposo cielo, en gesto de comunicación vital fecundadora. Ella es, al mismo tiempo, *la mujer agradecida y ansiosa*, que busca por todos los medios a su esposo ausente. Ella es toda la humanidad en búsqueda de plenitud. Así aparece como receptiva (acoge el semen del esposo) y muy activa: da a luz a su hijo, siendo signo de la plenitud de los humanos.

2. Texto griego en Ch. FROIDEFOND, o. c. Traducción de García Valdés en *Plutarco. Obras morales y de costumbres* (Madrid: Akal 1987).

En el fondo de su historia se halla el mito del proceso alternativo de las estaciones (primavera y otoño, nacimiento y muerte), que expresan de algún modo los momentos de la vida femenina. La diosa no está sola: ha sido fecundada por el dios de la vida y, en respuesta de fidelidad a su marido ausente, protege el germen vital, el nuevo ser que de él ha recibido (Horus). Su esposo (Osiris) se parece al gran *Baal*, señor de la vegetación que muere y baja al fondo de la tierra, conforme al famoso testimonio del mito cananeo recogido en Ugarit; ella es como *Anat*, la esposa/hermana que se eleva en duelo poderoso y violento, luchando contra aquel que ha vencido (matado) a su esposo.³

Isis es la tierra: diosa herida (por la muerte de su esposo), *diosa en ansiedad*, mujer que cuida al hijo que ha nacido de su entraña (Horus, señor nuevo) y busca con pasión a su marido muerto.

Isis es cuerpo, mujer que defiende la vida de su entraña y sale por los campos a encontrar a su marido, llegando al fin del mundo o al infierno para descubrirle allí y hacerle volver sobre la tierra.

Ella es mujer con autonomía: escoge de manera positiva a su marido verdadero y rechaza la atracción del «perverso seductor», que incesantemente quiere violentarla (el poder de la muerte).

Es diosa de la estabilidad afectiva y vital. Es la gleba siempre abierta y siempre buena (fiel), donde el semen queda enterrado y resurge cada año; así representa la promesa y garantía de la vida.

Es signo de la supremacía (al menos parcial) de lo femenino. El mismo desarrollo de relato la presenta como signo de continuidad de la existencia.

Cuerpo de mujer, promesa arriesgada y ansiosa de humanidad, principio de futuro y fragilidad hecha suprema fortaleza, esto es Isis para el mito, tal como ha sido recogido y reinterpretado en tiempos helenistas. Ella garantiza el triunfo de Osiris, el supremo *bien*, la vida de las cosas y personas; ella es la diosa abarcadora hecha cuerpo de mujer que busca a su marido⁴.

3. Textos cananeos traducidos y comentados en G. DEL OLMO, *Mitos y Leyendas de Canaán* (Madrid: Cristiandad 1981).

4. La bibliografía sobre Isis resulta ya muy extensa: L. VIDMAN, *Isis und Sarapis bei den Griechen und Römern* (Berlín: W. de Gruyter 1970); J.G. GRIFFITHS, *The Origins of Osiris and his Culti* (SHR 40; Leiden 1980); F. SOLMSEN, *Isis Among Greeks and Romans* (Harvard UP 1979); S. BENKO, *The Virgin Goddess. Studies in the Pagan and Christian Roots of Mariology* (SHR 49; Leiden 1993) 43-53. M.S. HARDING, *I misteri della donna* (Roma: Astrolabio 1973) 169-190. El autor que, a nuestro juicio, ha destacado más el tema es E. NEUMANN, no sólo en *La Grande Madre*, 219ss, sino sobre todo en *Storia delle origini della coscienza* (Roma: Astrolabio 1978) 198-228.

En tercer lugar se encuentra Horus, el Hijo común de Osiris e Isis cuya identidad debemos precisar a lo largo de este trabajo. Por ahora indicaremos que es varón (no mujer, como en el mito de Deméter); es hijo a quien su padre Osiris (en contra de Zeus) reconoce. Éstos son algunos de sus rasgos especiales:

Hay un primer Horus llamado el Anciano o Arueris, que se identifica con Apolo, Dios celeste de los griegos (12; 355 E-F), signo del orden de la vida, expresión de racionalidad suprema.

Hay un Horus segundo o final, llamado también Harpócrates, que nace de la unión póstuma de Osiris con su esposa (19; 358 E) y es signo de la vida que renace y sigue existiendo donde el padre muere.

Horus es sobre todo el hijo rey de Osiris y de Isis: vence al enemigo Tifón, que es el principio de la muerte (la sequía, el mal), y asume la corona de victoria sobre el mundo (19; 358 E).

De esta forma ha culminado lo que pudiéramos llamar la trinidad sagrada que forman Osiris, Isis y Horus. De la unión de *Osiris*, orden superior del ser (lo inteligible), y de *Isis*, materia acogedora, madre eterna, surge sin cesar el *Horus viejo y nuevo (Apolo)*, que es el orden y fuerza victoriosa de la vida (55; 373 B). Esta es una trinidad abarcadora y buena donde los elementos primordiales (Osiris e Isis) se aman y padecen a través de una especie de *gran drama* que sólo el mito logra exponer de un modo adecuado.

2. El mito de Isis

La antigua Isis de los cultos regios, sapienciales y funerarios de Egipto había llegado a ser, en el comienzo de nuestra era, la (o una) diosa preferida del Imperio romano, tanto en Egipto como en Grecia, tanto en Oriente como en Occidente. Eran muchos los que se sentían perdidos y agobiados dentro de un mundo cambiante donde los principios de la vieja racionalidad filosófica y el orden social habían perdido su viejo sentido. En una situación de desamparo, movidos por la exigencia de una racionalidad más emotiva y mística (más materna), muchos hombres y mujeres como Plutarco⁵ buscaron un refugio en Isis y su mito.

5. Plutarco de Queronea (45-125) quiso fortalecer la tradición sagrada de su mundo helénico ofreciendo a sus contemporáneos símbolos y razones para vivir de una manera sensata y piadosa. Unió para ello el *platonismo* (considerado como filosofía fundante y verdadera) con diversos *mitos clásicos* (sobre todo de Egipto y de Grecia), interpretados como expresión simbólica de la misma verdad de la filosofía. Entre ellos le pareció fundamental el de Osiris e Isis.

A los ojos de Plutarco, Isis tenía la ventaja de ser, al mismo tiempo, una persona divina muy concreta, muy cercana, y una figura filosófica de hondo contenido filosófico, de forma que su mito podía interpretarse en múltiples niveles, como expresión de una verdad polivalente. Tres eran, a mi juicio, sus planos principales:

Uno es el plano mítico/devocional de carácter fundante que recoge las tradiciones antiguas, tanto de Egipto como de Grecia, integrándolas dentro de una especie de simbología religiosa donde se mezclan e influyen relaciones familiares y signos cósmicos.

Otro es el plano filosófico o de comprensión racional. Los dioses aparecen en este plano como la verdad donde se expresa el origen y sentido de la vida. A los ojos de Plutarco, no existe racionalismo puro, separado de lo religioso; no se puede hablar de una verdad atea ni supersticiosa. La grandeza del hombre consiste en el conocimiento de la verdad que se centra en lo divino (1; 351 D).

Esta verdad mítico/filosófica puede llevarnos a un esoterismo sacral, más o menos vinculado al culto de los misterios (que aparecía ya en Deméter). Plutarco acepta en un nivel este tipo de conocimiento secreto, propio de iniciados (cf 1-11; 251-154). Pero él es, ante todo, un filósofo y no quiere dejar la religión en manos de un esoterismo irracional; por eso se mantiene en el lugar de cruce del mito religioso de la tradición greco-egipcia y de la búsqueda filosófica de tipo platónico.

En el fondo de Plutarco se cruzan, por tanto, la verdad de la tradición y la claridad de la reflexión. Desde esa perspectiva escribe un libro de *filosofía moral*, en la línea de los antiguos diálogos platónicos, mezclando (vinculando) teoría y experiencia, en gesto de *devoción total*.⁶

Pone al fondo la antigua pareja de dioses, interpretados como fuerza generadora. En perspectiva griega pueden recibir los nombres de *Rea* (diosa madre) y *Cronos* (gran padre) (12; 355 d), como expresión antigua (ya superada) del sentido engendrador (femenino y masculino) de la naturaleza.

El primero en surgir y mostrar su forma personal ha sido Osiris, a quien el texto ha presentado como *kyrios pantôn*, es decir, señor de todas las cosas. Es la divinidad masculina por excelencia, el principio activo y fecundante, en la línea de Zeus, Dioniso y Ormuz, la fuerza buena del zoroastrismo.

Al lado de Osiris nace Tifón, divinidad también activa y masculina, pero destructora. Se le puede asimilar al Hades antiguo, a la potencia de la muerte. El

Texto griego de su obra en PLUTARQUE, *Oeuvres Morales* V, 2 (Paris: Budé 1988). Comentario en J.G. GRIFFITH, *Plutarch's De Iside et Osiride* (Univ. Wales 1970).

6. El conocimiento/culto de Isis nos lleva al centro de una *religión femenina* que luego estudiaremos al tratar de Apuleyo y sus *Metamorfosis*. Sobre el sentido del culto de Isis para las mujeres, cf. Sh.K. HEYOB, *The Cult of Isis Among de Women in the Graeco-Roman World* (Leiden: Brill 1975).

mito le iguala también con Seth, dios egipcio enemigo de la vida, y con los otros dioses de la destrucción, especialmente el Arhimán zoroastrista.

Al lado de ellos surge Isis como expresión femenina de la divinidad. Es la potencia receptiva de todo lo que existe, es la que acoge y hace que fructifique el semen de la vida. Como hermana y esposa de Osiris, ella recibe su germen o esperma, engendrando de esa forma todo lo bueno del mundo.

Horus, hijo bueno de Osiris y de Isis, es la expresión del constante nacimiento de las cosas. En las representaciones escultóricas suele aparecer como niño en manos de Isis. Ambos unidos (madre e hijo) vienen a mostrarse como centro y sentido del conjunto de la realidad divina y humana (12; 255d-256a).⁷

La pareja primordial (Rea y Cronos) apenas tiene importancia. Los personajes principales del gran drama son cuatro (los tres que hemos citado ya con cierto detalle y Tifón, el adversario). El proceso de la vida se interpreta ahora en forma de *cuaternidad* compleja (polémica), hecha de dualidades complementarias.⁸

Hay una primera dualidad masculina, formada por el esposo bueno (Osiris) y el malo (Tifón). Ambos luchan entre sí, disputándose una misma esposa (Isis).

Hay una segunda dualidad esponsal de tipo positivo, formada por Osiris e Isis, como expresión complementaria y polar de los principios de la vida, que se encuentra amenazada por Tifón.

Hay una tercera dualidad: la que forman la madre con el hijo. Isis, la mujer adulta, lleva en sus brazos a Horus, el niño. Ellos dos representan el proceso de la vida.

Esta es la cuaternidad (Osiris/Tifón, Isis Horus). Debemos afirmar que en su centro se encuentra Isis, pues por ella pasan todos los caminos de la fecundidad, de la vida cósmica y la muerte. Ella es la constante en el proceso de despliegue de la divinidad y humanidad, como una especie de encarnación femenina de Dios. En torno a ella se juega el movimiento de la generación y el triunfo del aspecto bueno sobre el malo. Por eso la encontramos en el mismo centro y nudo de la historia. Sólo desde allí podemos desvelar su trama.

Recordemos que existen dos principios masculinos contrapuestos, uno bueno (Osiris) y otro malo (Tifón). En este plano, la divinidad se entiende como lucha o polaridad de elementos contrapuestos: Osiris y Tifón, ambos son divinos, no pueden existir uno sin otro.

7. Representaciones de *Isis con niño* en E. NEUMANN, *La Grande Madre*, tablas 38, 44. Sentido del tema en T.T. TINH, *Isis Lactans* (Leiden: Brill 1973).

8. Presentación sistemática de una cuaternidad semejante a ésta en X. PIKAZA, *Dios como Espíritu y Persona* (Salamanca: Sec. Trinitario 1989) 174-180.

Por el contrario, el principio femenino es siempre el mismo (Isis), siempre es bueno. En un nivel ella se encuentra sometida a los poderes masculinos contrapuestos. Pero en otro es ella misma la que tiene el verdadero poder y determina (escoge, suscita, sostiene) las diversas estructuras de la vida, de tal forma que en sus manos viene a decidirse el sentido (salvación) de la existencia. Frente a la dualidad conflictiva de lo masculino (que puede presentarse como positivo y negativo) lo femenino es siempre positivo.

Así comienza el mito: *en el principio reinaba Osiris sobre el mundo*, ofreciendo a los humanos (los egipcios) su ley, su cultura, tanto en plano laboral como religioso (13; 356 B). Pero *Tifón, fuerza del mal, le odiaba*.⁹ Odia Tifón a Osiris y quiere destruirle con engaño, en gesto de fuerte mentira. Así se tejen los principios del mal: odio, mentira, muerte... Tifón engaña a Osiris, introduciéndole en un tipo de cofre (caja mortuoria) de plomo fundido, para encerrarle allí y luego arrojarle en las aguas del Nilo, que le va llevando hacia el mar, donde muere. Este es el dato primigenio de la historia humana. En el origen luchan *los gemelos adversarios*, interpretados aquí como poderes masculinos. Vence por engaño lo perverso y sobre la muerte del esposo bueno (Osiris) se eleva el llanto funerario de la esposa fiel en luto.

Comenzó a vagar por todas partes, con tristeza grande,
preguntando a todos los que veía pasar,
incluso a los niños pequeños que encontraba por azar,
por si ellos habían visto el cofre (cf 14; 356 D)

Ha muerto el buen marido, pero la vida continúa y, de alguna forma, se acelera. En el centro de la historia, como sentido de todo lo que existe, emerge esta *mujer doliente* buscando el germen de vida de su *esposo muerto*. Este anhelo de mujer que busca a su marido (en oposición al deseo de envidia y muerte de Tifón) está en el fondo de todo lo que somos y podemos. Ella, Isis, representa a toda la humanidad sufriendo: escoge a su esposo bueno muerto (Osiris), rechazando al mal esposo o pretendiente asesino, que quiere destruirla. Mientras Isis continúe llorando y buscando a su marido, la vida continúa, vivimos nosotros de su llanto creador, la historia sigue teniendo futuro.

9. ¿Por qué ese odio? El mito no lo tiene que explicar. Le basta con saber que al lado del bien y de la vida se abre un hondo abismo de violencia, deseo grande del mal y de la muerte. Surge así la primera dualidad. *Osiris da la vida*, ofreciendo su propio ser (hecho semilla sobre el surco de este mundo) y su conocimiento, convertido en principio de todo saber para los humanos. *Tifón, en cambio, quita vida* (dar la muerte). Puede interpretarse como el odio original o la violencia; es el principio siempre amenazante de lo malo.

Los caminos de búsqueda de Isis constituyen, según eso, *el itinerario bueno de la humanidad*, que se siente perdida (separada de su centro, que es Osiris, alejada de su cielo), mientras sigue deseando y buscando en el mundo. Este deseo mantiene en vida a Isis y le lleva hasta el oriente, a Biblos de Fenicia. Allí, como nueva Deméter, cuida al hijo de los reyes divinos de la ciudad, *Malkandros* (Melkart, Baal) y *Astarté* (Ashera, Ishtar), que son signo de los dioses primigenios del cielo y de la tierra:

Dicen que Isis alimentaba al niño metiéndole el dedo en la boca en lugar de su seno y durante la noche quemaba los elementos mortales de su cuerpo (del niño).

Isis convertida en golondrina volaba sobre la columna (en cuyo interior se encontraba el cuerpo de Osiris su marido) y exhalaba lamentos, hasta que la reina que expiaba a la diosa lanzó gritos cuando vio que quemaba a su hijo y lo privó de la inmortalidad (15; 357 C).

Esta es *la diosa con el niño*, al que alimenta con su propio dedo. Es la diosa de la vida inmortal, que podría haber hecho inmortal al mismo niño con el fuego sagrado, donde vienen a quemarse todos los aspectos y elementos mortales de la vida. Es la diosa que llora con lamento de golondrina a su marido muerto y cuida como propio al hijo de los reyes de Biblos, que son signo de todos los mortales. Es como si la historia de la humanidad se hubiera detenido en este *lamento* de esposa (Isis golondrina que llora) y de madre (Isis que sostiene y protege al niño al que quiere ofrecer su inmortalidad).¹⁰

Pero la historia no se para, el mito continúa. Isis logra recuperar el cofre con el cadáver de su marido y quiere llevarlo consigo, en una barca, para dejarlo en Egipto. En el camino le acompaña otro de los hijos del rey de la ciudad. Así evocamos otra vez una escena de valor eterno: una mujer remando, dirigiendo la barca de la vida que contiene a su marido, el rey de los muertos. Es como si el tiempo, todo tiempo, se hubiera detenido:

Y en el primer lugar que encontró desierto, ella en soledad abrió el cofre y aplicó su rostro sobre el de Osiris, lo besó y comenzó a llorar.

El niño en silencio se acercó por detrás y la observó; ella, dándose cuenta, se volvió y le lanzó una terrible mirada de cólera.

El niño no pudo soportar tal terror y murió (16; 357 E).

Ésta es una escena de *necrofilia sacral* que el niño no puede contemplar (por eso muere): ha descubierto de forma inmediata el gran misterio de la

10. Cf. *supra*, nota 7.

unidad de Isis (madre vida, amor profundo) con el reino de los muertos. Ella es la amante llorosa y decidida que lleva en su barca (barca de Osiris, vehículo supremo de la vida) al dios del otro mundo, al mismo Osiris, que es rey sobre los muertos.¹¹ Sigue el mito. Isis llega con la barca del cuerpo de Osiris a la tierra de Egipto y allí lo esconde, saliendo en busca de Horus, su hijo.

Pero una noche de luna, cuando *Tifón* iba a cazar, descubrió por azar el cadáver de Osiris y lo partió en catorce trozos para así dispersarlo. Pero *Isis* lo supo y se puso a buscarlos, recorriendo en una barca de papiro las marismas del Nilo... Se dice que Isis fue dando sepultura a cada uno de los trozos de cadáver que iba descubriendo... La única parte del cuerpo que Isis no pudo descubrir fue el miembro viril, que había sido arrojado al río y devorado por unos peces abominables... Pero Isis lo reemplazó por una imagen y consagró ese falo, por lo cual los egipcios celebran su fiesta hasta hoy día (18; 358 A-B).

Tifón destruye el cuerpo muerto de Osiris para destruir así su fuerza. Pero lo que logra es todo lo contrario: cada parte del cuerpo troceado de Osiris se convierte en semilla de vida sembrada en la buena tierra egipcia, por gracia de Isis. Ella busca, recoge y entierra los trozos del cuerpo divino convertidos así en semen de vida. Esos trozos penetran en tierra (recordemos que la tierra es ella misma, Isis, diosa de este mundo) y la fecundan en gesto creador continuado, en nueva *necrofilia* (amor de muerte) convertida en *zoopoiesis* (creación de vida).

Ella, mujer buena y viuda fiel, tierra acogedora y madre fecunda, es la memoria viviente del marido muerto. Por eso llora y le acoge (le entierra), elevando y adorando al mismo tiempo su imagen como *falo* sobre el mundo. *Osiris, el marido muerto*, acoge bajo tierra y dirige en el camino de la vida inmortal a quienes dicen su plegaria y le confían su existencia. Osiris e Isis, bien unidos, representan el sentido pleno de la trama de la vida. Pero ellos no están solos: de su encuentro brota Horus, hijo póstumo y siempre renaciente del padre muerto, como ya hemos indicado. El mito llega entonces a su punto culminante. Osiris reina como muerto (espiritualizado) sobre el Hades (mundo inferior), pero retorna temporalmente en o por su hijo Horus, a quien debe educar en la fidelidad a la vida, en la fuerza combativa, en la venganza:

11. Al llegar aquí, el mito griego y oriental (casi universal) se une de forma inseparable al tema egipcio, siempre repetido y siempre misterioso, del *Libro de los muertos*: cada uno de los que mueren es Osiris, protegido por Isis, en el camino definitivo de un amor que triunfa de la muerte; introducción al tema y textos en J.M. BLÁZQUEZ y F. LARA, *El libro de los muertos* (Madrid: Nacional 1984).

Más tarde, Osiris volvió del Hades ante Horus y le adiestró y ejercitó para el combate.

Después de un tiempo, le preguntó qué acción juzgaba la más hermosa de todas y Horus le dijo: *vengar al padre y a la madre cuando han sufrido algún mal...*

Osiris quedó complacido al oírle, pensando que Horus estaba suficientemente preparado...

La batalla duró muchos días y venció *Horus*.

Cuando *Isis* se apoderó de *Tifón* que estaba atado no lo aniquiló sino que lo desató y lo dejó irse (19; 358 B-D).

El mito se vuelve enigmáticamente paradójico y profundo, distinguiendo bien la acción de los diversos personajes. Estamos de nuevo ante la *misma cuaternidad*: cuatro varones y una mujer. Parece que son ellos, los fuertes guerreros, los que pueden decidir el futuro de la historia. Pero es ella, sólo ella, quien lo hace, como juez final, señora de todos los vivientes (incluidos *Tifón* y su hijo *Horus*). Precisemos de nuevo el sentido de los personajes:

Osiris vuelve como iniciador de venganza, para adiestrar a su hijo en la batalla. Está muerto, no puede luchar. Pero su muerte es exigencia de vida para el hijo que nace y crece en el deseo de castigar al culpable.

Horus, educado en la venganza, quiere matar para siempre a Tifón, principio de la muerte. Pero, si lo hiciera de verdad, la historia acabaría para siempre.

Isis, madre sufriente, rechaza esa forma de venganza. Odia a Tifón, pero necesita su presencia al lado de Osiris. Ella sólo puede engendrar allí donde *Tifón* sigue matando a su marido.

Por eso, al servicio de la vida entera, sigue existiendo el Tifón amenazante y controlado, vencido pero siempre peligroso, derrotado pero siempre necesario. Por eso, *Isis*, madre sabia, le deja en libertad.

Conforme a esta visión, el mal es necesario. *Isis* es la *tierra* buena, fecundada por el agua de *Osiris*, el gran Nilo. Ella es la *mujer* prudente que sabe mantenerse en medio de la lucha en que se enfrentan los poderes enemigos, superando con su sabia ley (con su armonía sufriente y creadora) la violencia vengadora de los diferentes poderes enfrentados (*Horus* y *Tifón*). Ella es la misma *potencia acogedora* de la realidad, actuando así como mediadora de todo lo que existe. Sólo en relación con ella se definen los varones que encontramos a su lado:

Ella recibe en su seno el agua de Osiris, el germen o esperma del marido bueno, haciendo así que el hijo (*Horus*, la vida) triunfe y se expanda sobre el

mundo. Tierra sedienta del agua germinal, eso es la buena esposa. Tierra fiel que llora a su marido y le busca para enterrarle en sus entrañas, eso es Isis¹².

Ella es también hermana (y de alguna forma esposa) de Tifón, principio y signo de la muerte. En un hondo discurso de tipo mítico/filosófico, al llegar al centro de su argumentación, Plutarco evoca la memoria del *mago Zoroastro*, con el dualismo tradicional de los persas. El drama de este mundo y de sus males se explica sólo de esa forma. Isis aparece de algún modo como «esposa» deseada (y nunca totalmente poseída) por Tifón el malo (46-47; 369 D- 370 C).¹³

Finalmente, ella es madre de la vida que renace, esto es, de Horus, al que no deja vengarse. Ella es la *razón femenina* que sabe sufrir de manera creadora, poniendo todas las cosas al servicio de la vida. Ni el engaño envidioso de Tifón, ni la muerte de Osiris, ni la victoria vengativa de Horus pueden explicar el equilibrio de la realidad. Ese equilibrio está fundado y expresado en una mujer: Isis, la sabia.

Todas las restantes figuras son variantes, momentos móviles de un drama donde vienen a oponerse los diversos elementos. Muere Osiris, vence por un tiempo Tifón para caer luego vencido en manos de Horus, el gran Apolo destructor de la serpiente subterránea... Varían sus figuras y funciones, siendo todas ellas necesarias. *Sólo Isis las vincula y reúne*, dando así sentido al conjunto de la realidad. Desde este fondo, Plutarco ha podido introducir dentro de su filosofía religiosa elementos del pensamiento dualista (uniendo a Platón con Zoroastro).¹⁴

En este mundo de lucha familiar vivimos; estirpe de dioses somos, de su fortuna participamos. Pues bien, en este campo de batalla, entre los hermanos que se oponen, entre el padre y el hijo que se van sucediendo, entre el hijo victorioso y el gran tío derrotado, pero siempre activo, *como único principio de estabilidad, diosa permanente que llora a su marido, rechaza al enemigo (sin matarlo) y cuida al hijo, encontramos a Isis.* Ella es signo y garantía de la permanencia de la vida, en forma de mujer. Es la estabilidad radical del universo, entendida con rasgos personales. Los varones (hermano, marido, hijo, tío...) representan aspectos parciales y cambiantes de la realidad. Sólo ella, la mujer sabia, logra vincularlos en esquema de totalidad, ofreciendo así un sentido a todo lo que existe.

12. Para una visión general del *culto fálico* que va unido a la devoción de Isis, cf. A. DANÉLOU, *Siva e Dioniso* (Roma: Ubaldini 1980).

13. Sobre el Zoroastrismo, cf. J. VARENNE, *Zarathustra et la tradition mazdéenne* (Paris: Seuil 1966); R.C. ZAEHNER, *Compendio delle teorie zoroastriane* (Roma: Ubaldini 1976); J. DUCHESNE-GUILLEMIN, «Irán antiguo y Zoroastro», en E. PUECH (ed.), *Las religiones antiguas II* (Madrid: Siglo XXI 1986).

14. La referencia más precisa al texto de Heráclito en HIPÓLITO, *Ref IX*, 9, 4, recogida por G.S. KIRK y J.E. RAVEN, *Los filósofos presocráticos* (BHF 63; Madrid: Gredos 1981) 276-277.

3. *Relectura filosófico-religiosa*

Plutarco presenta su tratado de una forma progresiva, de suerte que lo que es verdad en un nivel recibe nuevo contenido en otro. Lo iremos viendo, en un esquema en el que destacamos los aspectos complementarios del Dios y de la Diosa.

1. *En un primer momento, Isis representa el extenso y rico cuerpo de la tierra de Egipto, regada por el padre Nilo/Osiris, que corre desde el sur (Etiopía), subiendo y bajando año tras año (muriendo y renaciendo) para desembocar y morir del todo en el mar del norte, entre las marismas del delta. Ella es la fértil tierra acogedora, extendida a lo largo del Nilo, es el cuerpo de carne fecunda que recibe, agradecida, la buena semilla de agua del gran río.*

Sube y baja el agua, cambiando cada año el padre Nilo Osiris, pero ella (tierra Isis) permanece. Lloro (se seca) cuando decrece y muere su marido, perdiéndose en las aguas pantanosas del delta y en el mar inmenso, donde el agua dulce acaba; pero ella ha recibido la semilla del marido muerto y la conserva hasta lograr que fructifique. Ella es la mediadora, el puente de la vida que transita entre el padre muerto (Osiris) y el hijo renacido (Horus). Tierra acogedora es ella, siendo al mismo tiempo carne amenazada por Tifón, que es la sequía, el calor que proviene del desierto, el sol amenazante, la muerte implacable. De esa forma puede presentarse como parábola del mundo, como una especie de *microcosmos*, lugar donde se cruzan y resuelven las contradicciones de este mundo (32; 363 E-F).

2. *En un segundo momento, la función de Isis se amplía, y ella viene a presentarse como signo de la receptividad universal del cosmos. Por eso, «los más sabios de los sacerdotes de Egipto... aplican el nombre de Osiris a todo principio y facultad creadora de humedad, por considerarla causa de la generación y esencia del germen; y el nombre de Tifón lo aplican a todo lo seco, ardiente, árido en general y hostil a la humedad» (33; 364 A).*

Como puede observarse, *en el principio se halla el agua*, es decir, el germen activo de la vida, como había dicho Tales de Mileto (cf 34; 364 D). Ésta es el agua originaria y fecundante, interpretada aquí de forma masculina como germen o esperma universal que lleva el nombre de Osiris o Dioniso. Pero el germen/agua actúa sólo si encuentra una matriz de tierra buena para hacer que fructifique.

Esta «tierra universal», madre y mediadora de vida, que recibe el germen de Osiris y engendra a su Horus, superando el riesgo de Tifón (sequía, fuego destructor) es Isis. Ella es potencia acogedora y principio de trans-

formación, es la garantía universal de la existencia sobre el mundo. Por eso se mantiene en equilibrio inestablemente estable: *no permitió que fuera aniquilada por completo la naturaleza opuesta a la humedad, sino que la soltó y la dejó escapar, deseando que permaneciese la mezcla, pues no era posible que el mundo fuera completo si el elemento ígneo cesaba y desaparecía* (40; 366 F- 367 A).

Isis aparece así como gran cuerpo de cosmos. Es receptividad activa, la potencia acogedora y creadora. De esa forma garantiza la existencia en el mundo. Así podemos presentarla como la razón total, el cuerpo abarcador donde se acogen y reciben su sentido los principios contrapuestos de la tierra, representados conforme al mito iranio por un dios masculino bueno y otro malo (46-47; 369 D-370 C).

3. *Isis es una sola y misma diosa, apareciendo, al mismo tiempo, como doble.* Es ciertamente la esposa fiel de Osiris, a quien ama cuando vive y llora cuando muere. Pero se presenta, al mismo tiempo, como esposa de Tifón, de quien recibe influjo fuerte y a quien permite seguir vivo cuando ha sido derrotado. Ella aparece de esa forma como dividida entre dos poderes contrapuestos a los que vincula en su gesto acogedor.

Enfrentados de un modo inmediato, los *varones enemigos* (Osiris y Tifón, Ormuz y Arhimán) no pueden alcanzar entendimiento, sino que se rechazan en lucha despiadada, como saben Heráclito y Empédocles (48; 370 D). Pues bien, lo que esos dioses varones no consiguen por sí mismos lo consigue la mujer (Isis): ella es *conjunción de opuestos*, si se permite esta fórmula posterior utilizada por muchos filósofos a partir de Nicolás de Cusa.¹⁵

Ella necesita, según eso, *dos esposos*, de tal forma que la tradición posterior de la gnosis podrá presentarla como *prostituta y santa*. La misma Isis aparece así como signo de la sabiduría que está buscando a Dios y le contempla en su grandeza infinita (es santa); pero ella se encuentra, por otra parte, vinculada a los poderes destructores de lo malo (es prostituta). Ella es el mundo, que se encuentra movido por dos almas opuestas: entre un esposo malo y uno bueno se mantiene sin cesar nuestra diosa (cf 48; 370 F).¹⁶

15. Para una visión filosófica más precisa, en clave de análisis lógico, cf. L. PEÑA, *La coincidencia de los opuestos en Dios* (Quito: Univ. Católica 1981).

16. Conforme a esta visión, el varón es racionalidad unilateral (violenta); la mujer es potencia acogedora, diálogo en el que vienen a juntarse los opuestos. El varón es lucha; la mujer, concordia... Pero ésta es una perspectiva que sólo se mantiene y cumple en un determinado plano de la realidad, es decir, en el de la existencia mundana o sublunar (cf. 48-49; 370-371). Al final, en el último escalón del ascenso de amor, cuando lo divino se desvela ya con toda

4. *En la meta del proceso de purificación (de amor), Isis supera la dualidad y se vincula de manera definitiva con Osiris, conforme a una visión que responde al mejor platonismo del Banquete. Osiris representa la riqueza (Poros), Isis la pobreza (Penía); lógicamente, la pobreza femenina de este mundo busca la riqueza divina, se acuesta con ella, recibe su influjo, y de esa forma nace para siempre el Eros o amor pleno que es Horus, Hijo universal, la vida humana (57; 374 C). La misma «teología» suprema de Platón se puede expresar también de otra manera:*

Isis es, ciertamente, lo femenino de la naturaleza y la que recibe toda generación; y así es llamada por Platón (*Timeo* 49 A) nodriza y la que contiene todo... Tiene un amor innato por lo primero y lo más soberano de todo (Osiris), que es idéntico al bien, y lo desea y persigue; y evita y rechaza la porción que procede del mal (de Tifón). Aunque es lugar y materia para ambos, se inclina siempre por sí misma hacia lo mejor, ofreciéndose a él para que engendre y siembre en ella sus emanaciones y semejanzas, con las que se regocija y se siente contenta, embarazada y llena de gérmenes procreadores, pues la generación es la imagen del ser en la materia, y lo que llega a ser es imitación del ser (53; 372 E-F).

Osiris se identifica, según esto, con el Bien supremo, es decir, con el mismo ser, con lo divino. *Isis* aparece como la materia femenina que busca, por un lado, a su marido verdadero y que recibe, por otro, su germen de vida, haciendo así que nazca el hijo común (Horus), es decir, lo generado, que aparece a la vez como amor (tensión de Isis hacia Osiris) y como producto de ese amor (la existencia y vida concreta de los seres de este mundo).

De esa forma se establece y ratifica la más honda distancia y jerarquía entre los sexos. *Osiris*, sexo masculino, es el bien en sí, es el dios excelso, inmaterial, perfecto. *Isis*, en cambio, es signo de la humanidad caída, es la materia que puede elevarse a Dios (hacia su esposo bueno y salvador) o puede acabar perdiéndose bajo los principios destructores simbolizados por Tifón. Es evidente que, en esta perspectiva, *Osiris* aparece como el verdadero Hades/Plutón, el dios de una libertad que sólo puede conseguirse tras (por encima de) la muerte.¹⁷ Esta es la última y, filosóficamente, la más honda palabra de Plutarco:

su fuerza, cesa la dualidad; Tifón desaparece, y sólo queda Osiris para (con) Isis, como ahora veremos.

17. Cf. W.K.C. GUTHRIE, *Orfeo y la religión griega* (Buenos Aires: Eudeba 1970). Sobre las relaciones de Plutarco con la gnosis, cf. Ch. FROIDEFOND, *Plutarque. Oeuvres Morales* V,2 (Paris: Budé 1988) 110-140.

Este Dios (Osiris) está él mismo lo más lejos de la tierra (es decir, de la materia inferior donde se cree que habitan los muertos); este Dios está intacto, incontaminado y puro respecto a toda corrupción y muerte.

A las almas de los hombres de aquí, encerradas en sus cuerpos y pasiones, no les es posible una participación del Dios, excepto una visión velada que alcanzan por la comprensión, gracias a la filosofía.

Pero cuando, liberadas, se trasladan a lo incorpóreo, invisible, insensible y puro, este Dios (Osiris) es para ellas su guía y rey, pues dependen de él mientras contemplan insaciablemente y desean la Belleza inefable e inexprésable para los hombres.

(Osiris es) la Belleza, de la que, según la antigua leyenda, Isis está siempre enamorada, y la persigue y se une íntimamente con ella, colmando a los seres de este mundo... de todas las cosas bellas y buenas.

Tal es la interpretación de estas cosas que conviene más a los dioses (78; 382 E- 383 A).

Osiris ya no es el Nilo, ni la semilla fecunda de la realidad, ni la forma de este cosmos... Él acaba apareciendo como el bien supremo, el dios suprasensible, del que todos provenimos y hacia el que tornamos. El *dualismo* neoplatónico recibe de esta forma signos sexuales y religiosos. El dios más alto se interpreta como masculino (Osiris); la humanidad es femenina (Isis). Como camino de amor de una mujer que busca y necesita a su marido es el proceso de la religión, es la verdad de la filosofía. En este nivel se ha superado el dualismo ontológico y moral de los varones contrapuestos (lucha entre Osiris y Tifón, entre Ormuz y Arhimán), y emerge el dualismo jerárquico y sexual del dios masculino y la humanidad femenina.

II. Isis en Apuleyo

La obra de Plutarco culminaba de manera filosófica. Es claro que muchos devotos de la diosa encontrarían fría y extraña su visión. Para ellos, la diosa era ante todo una figura simbólica querida, la Gran Reina en cuyas manos podían entregarse, la amiga en quien ponían su confianza suplicante.¹⁸ Entre ellos encontramos a Lucio, el héroe de Apuleyo, conforme a *El asno de oro*.¹⁹ Apuleyo conoce bien a Plutarco, bajo cuya inspi-

18. Visión general del tema con amplia bibliografía, en S. BENKO, *The Virgin Goddess* (SHR 49; Leiden 1993) 43-52.

19. Apuleyo nació en Madaura hacia el 120 d. C. Viajó por Grecia, donde recibió la mejor cultura helenista del momento. Escribió en latín y griego y, aunque *El asno de oro*, llamado también *Metamorfosis*, está escrito en latín, se encuentra impregnado de espíritu griego, de tal

ración coloca a su personaje (cf. 1,2; 2,3). Pero lo que en Plutarco aparece como objeto de la más alta filosofía y moralismo del momento recibe en Apuleyo un contenido novelesco y devocional; su libro es sin duda una de las obras maestras de la literatura de todos los tiempos.

El argumento es bastante sencillo: un comerciante nacido cerca de Corinto y llamado Lucio, sale en busca de aventuras amorosas y mágicas que le llevan a convertirse, por equivocación de su amante, en un asno que, bajo el cuerpo de cuadrúpedo, conserva su mente humana, aunque es incapaz de hablar o de expresarse; en esta nueva condición padece todo tipo sufrimientos, mostrándonos así el sentido que la vida recibe desde el otro lado de la animalidad (desde el cuerpo sufrido de un asno, siempre amenazado por el hambre, el trabajo excesivo y la muerte); al final de una serie de duras peripecias, con la ayuda de Isis, gran diosa, el asno Lucio recobra el cuerpo humano; recuperado y agradecido, dedicado ya por siempre al culto de la diosa, el devoto renacido cuenta en primera persona su aventura.

Este es el fondo de la trama: *un varón convertido en asno*.²⁰ Quiere que su amante le convierta por un breve tiempo en ave (utilizando los métodos de una misteriosa señora del lugar y ama de la casa, sabia en magia). Pero ella se equivoca y le convierte en asno. Antes de que pueda darle el antídoto de rosas que le capacite para ser nuevamente humano, irrumpen en la casa los ladrones, roban al asno y lo llevan cargado con aquello que han robado; de esa forma inician una serie de aventuras que nos permiten descubrir el mundo desde el otro lado: desde aquella vertiente en la que no existen (o no actúan) los dioses, donde parece que la vida queda en manos del hambre y del miedo, de la violencia, el engaño y la ceguera en que lo ha dejado la fortuna.

forma que puede considerarse como una de las expresiones más perfectas de la cultura helénica del momento (hacia el 170 d. C.). Texto latino en W. ADLINGTON, *Apuleius. The Golden Ass* (Cambridge MA: Harvard UP 1965). Traducción castellana en L. RUBIO, *El asno de oro* (Madrid: Gredos 1987) y J.M. ROYO, *El asno de oro* (Madrid: Cátedra 1988). Comentario en J.G. GRIFFITH, *Apuleius of Madauros. The Isis Book (Met. XI)* (Leiden: Brill 1973).

20. Recordemos que, conforme al testimonio de Plutarco, el asno era animal infame, estaba vinculado a Tifón, el enemigo de la diosa, y era despreciado por su estupidez y su insaciable apetito sexual (*Sobre Isis y Osiris* 31; 363 BC). Éste es el valor ejemplar de la historia: un asno curioso y castigado, un animal que sufre en propia carne las consecuencias de su deseo insatisfecho en el centro de una humanidad de pícaros mentirosos, bandidos sanguinarios y duros ciudadanos egoístas, en un Imperio romano cuya grandeza no aparece por ningún lado. Ciertamente, en ese fondo se pueden evocar también bellas historias de amor como aquella en que *Cupido*, pobre mujer bella, recibe el regalo del amor (amante) divino, que se expresa en *Eros*, enamorado invisible, que al fin consigue convertirla en diosa (5,6- 6,24). Pero, en general, nos movemos en un ambiente donde se cruzan la fatalidad (Fortuna), el deseo sexual insatisfecho, la impotencia moral y la magia.

Los últimos dueños del sufrido asno descubren su capacidad imitativa y le convierten en atracción de teatro (*ahí va el burro sabio que lucha, que baila, que entiende el lenguaje...* 10,17), llegando de esa forma hasta Corinto. Allí, en el centro y puerto de las perversiones legendarias, sacralizadas bajo la advocación de Afrodita, le suceden las dos últimas aventuras de mujeres, ambas marcadas por la atracción y disgusto sexual.

La primera mujer compra al amo de Lucio los favores del asno circense, convirtiéndole en burro prostituto. La escena está llena de una tierna y durísima sátira contra las costumbres sociales del ambiente, representadas por esta mujer que desea los favores y placeres del cuerpo del asno:

Ella entonces se despoja de todas sus vestiduras e incluso del sostén que sujetaba su hermoso busto femenino... Luego me cubre de tiernos besos..., acompañados de las más dulces palabras: *Cómo te amo, te deseo, eres mi único cariño, sin ti no puedo vivir...* Después me cogió por la brida, y le fue fácil hacerme acostar de la manera que me habían enseñado... Apretándome en estrecho abrazo, pudo con todo mi ser, con todo, como digo. Y cuando yo, por delicadeza, intentaba retirarme, ella volvía a la carga con mayor furia y se ceñía más de cerca agarrada a mi espalda... Y así, tras una noche laboriosa y en vela, para evitar la indiscreta luz del día, la mujer desaparece, pero no sin acordar antes el mismo precio para la noche siguiente (10, 21-22).

Él, un pobre asno, utilizado y explotado como cuerpo de placer al servicio de una dama de la rica ciudad. Ella, una mujer insatisfecha. Él, un asno prostituto al servicio de un amo sin prejuicios. Ella, una mujer que se cree liberada. Él, un asno de sexo potente. Éstos son los símbolos de la populosa Corinto, capital donde se cruzan los caminos de oriente y occidente, en el centro del Imperio.

Es como si de pronto hubieran desaparecido los viejos dioses: no hay religión ni moral, no hay principios morales de vida social. Sólo hay astucia y violencia, engaño y deseo de placer. En este mundo invertido, donde la mujer liberada y dueña de su propia fortuna decide acostarse cada noche con una bestia grande y tonta, pudiera haber terminado la aventura del asno perplejo, del pobre Lucio esclavo.

Pero *la fiesta del asno* continúa. Su amo decide exhibirle en una *boda ritual* en medio del gran circo. Evidentemente, de acuerdo con las autoridades de la ciudad, tiene que escoger para ello una mujer condenada al suplicio de las bestias por perversión sexual y asesinato múltiple. Pues bien, en vez de arrojarla directamente a los leones para que la maten y la coman ante el público ansioso de sangre, autoridades corintias y amo deciden condenar a esa mujer asesina al amor de un asno/esposo o, mejor dicho, de un asno/prostituto, para que la ciudad entera contemple su boda

en el anfiteatro y disfrute así participando en el rito del sexo perverso, ligado sin duda a la muerte:

Se buscó, pues, una vil criatura, para que bajara conmigo a la arena del anfiteatro y sacrificara ante el público su pudor (10, 23)...

Aunque más se merecía, a falta de otro suplicio proporcionado a su maldad, fue simplemente condenada a las bestias (10, 28).

Difícilmente podía haberse hallado una parábola más honda de la dura y degradada historia humana: un asno prostituto a quien se obliga a acostarse públicamente con una parricida ante los ojos de toda la ciudad. Ellos dos, el asno y la asesina, íntimamente vinculados ante los ojos anhelantes del gran circo de las perversiones de este mundo, serán chivo expiatorio: motivo de burla y violencia, de catarsis, descarga sexual y de desahogo de todas las posibles represiones. Ellos, el asno y la mujer condenada, son ya el signo de la ciudad y del mundo.

Pues bien, precisamente aquí, cuando hemos llegado al extremo de todas las posibles perversiones, la línea de la historia se invierte. Uno de los personajes se echa atrás, se siente incapaz de seguir representando esta terrible farsa de engaño y represiones. ¿Quién inicia el cambio? ¿Los sacerdotes de la ciudad, la mujer culpable, el juez o los ediles? ¡Ninguno de ellos! La conversión la inicia precisamente el asno:

He aquí a la mujer con quien yo debía casarme pública y solemnemente; grande era mi angustia y mi incertidumbre al ver llegar la fecha del espectáculo.

Más de una vez sentí la tentación de matarme antes de sufrir el contacto ignominioso de esa mujer criminal o la infamia degradante de la pública exhibición...

Pero, privado de mis manos y mis dedos de hombre... me resultaba totalmente imposible desenvainar una espada (10, 29).

Ya está el anfiteatro lleno y, mientras se prepara la gran boda del asno y la asesina, el público disfruta con la representación del concurso más popular del mundo griego, *el Juicio de Paris*. Como es bien sabido, las tres grandes diosas (Juno/Hera, Minerva/Atenea y Venus/Afrodita) pretenden conseguir el cetro (manzana de oro) de la belleza, apareciendo así como objeto de elección en un concurso donde el joven Paris debe decidir quién es más bella y más valiosa. Cada una le ofrece sus dones: Juno el imperio, Minerva la victoria militar... Venus se ofrece a sí misma, en forma de hermosa doncella de cuerpo atractivo. Evidentemente, triunfa ella, la diosa del amor, que es reina de Corinto, pues el don que ella presenta es el más gran-

de para Paris, juez que se deja sobornar, dentro de esta escena, donde todo aparece como juicio corrompido (10, 31-33).

Las tres diosas han querido comprar al juez humano para recibir el premio de la hermosura, en juicio donde al fin la misma mujer/cuerpo, objeto de atracción sexual, aparece como objeto supremo del mismo comercio del mundo, al menos en Corinto. Todo se compra y se vende: el imperio de Juno, la victoria de Minerva, el cuerpo/hermosura de Venus, conforme a un tema recurrente en la literatura antigua.²¹ Poderosos son reino y milicia; más poderosa (más rica y deseable) es la mujer; ella es, con su cuerpo atrayente, la moneda de cambio fundante de la historia.

Sabemos que Corinto es la ciudad de Venus: en ella reina sin disputa la diosa del cuerpo femenino, que es belleza hecha deseo, objeto de amor que se compra por una *manzana de oro*, conforme a un tema que presenta muchas semejanzas con la interpretación sexualizante del relato bíblico (cf. la manzana que el diablo/serpiente de tipo sexual ofrecería a Eva en Gn 2-3). Por el oro y la manzana, precios de su cuerpo, puede conseguirlo todo esta *nueva Eva/Venus* de Corinto. Se marchan indignadas Juno y Minerva. En el escenario queda sólo ella, satisfecha, bailando con su séquito y diciendo a todos con su cuerpo atrayente desnudo que es la reina del mismo universo (10,34).²²

La escena se detiene; los espectadores celebran el triunfo de Venus, mientras razona el pobre asno Lucio. Es el único que mantiene la lucidez crítica para enfrentarse a una situación en la que todo ha terminado siendo objeto de injusta compra/venta al servicio de un amor que se paga con dinero. Nada permanece libre de su crítica; ni siquiera las antiguas, venerables diosas (Juno y Minerva), pues incluso ellas han querido comprar con sus favores el juez Paris. Así queda el pobre asno condenado a convertirse en espectáculo de curiosos devotos de Venus, insaciables, injustos, insatisfechos.

¿Por qué os sorprende que los jueces de hoy, todos sin excepción, vendan a precio de oro sus sentencias, cuando ya en los orígenes del mundo hubo corrupción por favoritismo en un litigio entre dioses y mortales? ¡Y era la primera sentencia!

21. Una variación del tema aparece en el mismo libro judeohelenista de 3 Esd, tal como ha mostrado N. FERNÁNDEZ, en A. DIEZ MACHO, *Apócrifos del AT II* (Madrid: Cristiandad 1982) 445; 458-461. También aquí aparece la mujer como el poder supremo entre los hombres, al menos en un primer momento.

22. Sobre el trasfondo religioso y social de Corinto, tal como aparece en nuestro texto, cf. F. MILLAR, «The World of the "Golden Ass"», *JRS* 71 (1981) 63-75; H.-D. SAFFREY, «Aphrodite à Corinthe», *RB* 92 (1985) 359-374. Visión general, con amplia bibliografía, en J. MURPHY-O'CONNOR, *Corinth* (Anchor BD; New York: Doubleday 1992) 1134-1139.

Pues ya entonces el campesino, el pastor, por satisfacer un capricho amoroso, vendió la justicia aunque ello arrastrara la ruina de toda su estirpe (10, 33).

Sigue en el texto la ironía frente a dioses y diosas, frente a instituciones y personas, todos incluidos en la misma corrupción. Se venden los dioses, se engañan los humanos ¿Qué hará un asno, condenado a convertirse en espectáculo sexual? Ha triunfado la hermosura sexual de Afrodita, y el más bello lecho de amor se ha extendido a la vista de todos. Pero, en lugar de Venus, debe llegar y acostarse la asesina condenada con el asno prostituto, convertido en espectáculo circense.

Nos hallamos en el centro de Corinto, el día de sus fiestas religiosas y sociales. Estamos en la gran ciudad del comercio y de los juegos ístmicos, junto al puerto y cruce de caminos donde se han juntado y fecundado (o pervertido) las más fuertes tradiciones del mundo antiguo (griegas y romanas, egipcias y orientales). Allí se ha elevado ahora, a los ojos de todos los curiosos y devotos, el tálamo donde se han de unir, en pública hierogamia ritual, un asno obsceno y una mujer asesina sanguinaria. Parece que todos se disponen a participar en esta catarsis suprema. Sólo el asno eleva su repulsa; es el único que conserva algo de racionalidad. Así recuerda sus reflexiones de aquel tiempo:

Entonces, un soldado sale corriendo por el pasillo central del teatro; a petición del pueblo, iba en busca de la mujer encerrada en la cárcel pública, mujer que, como dije anteriormente, estaba condenada a las bestias por sus múltiples crímenes y a quien ahora querían casar conmigo en sonada ceremonia. Para disponer lo que iba a ser nuestra cámara nupcial, se preparaba muy primorosamente un lecho con brillantes esmaltes indios, mullido con abundante pluma y cubierto de floridas sedas. No obstante, sin hablar ya de la vergüenza que me inspiraba tal himeneo público, ni de la repugnancia que sentía ante el contacto de aquella mujer manchada de sangre, lo que más me angustiaba era un presentimiento de muerte. Yo me hacía las siguientes reflexiones: *Si en plena escena amorosa soltaran una fiera cualquiera para devorar a la mujer, ese animal no va a ser tan despierto... como para tirarse sobre la mujer que está a mi lado dejándome a mí tranquilo...* (10, 34).

Ésta es la verdadera *cámara nupcial* de los ritos afrodisíacos (y gnósticos) de Corinto y de otros ambientes del mundo helenista. Donde antes parecía que Venus elevaba a los humanos hasta el cielo con la atracción de su hermosura, venciendo así todos los concursos de la tierra, hallamos sólo a una mujer asesina con un asno, condenados ambos a representar y realizar la unión de amor por fuerza, avergonzados, desnudos, angustiados,

oprimidos y excitados a la vez por los gritos de los miles de curiosos del gran circo.

En el centro de esa comedia de perversión y muerte medita y sufre el asno (Apuleyo no cuenta los sentimientos de la mujer condenada). Pero no es un asno héroe, sino un pícaro capaz de soportarlo todo a condición de seguir viviendo. Por eso, más que la vergüenza sexual teme que todo el espectáculo termine convirtiéndose en *bodas de sangre*. Sabe bien el asno que *eros* y *thánatos* (como hoy diríamos) van siempre vinculados; sabe que el pueblo excitado en la farsa teatral de la falsa mujer bella y de la pobre bestia tonta acabará pidiendo que suelten las fieras. Éste es el último y más duro pensamiento: ¡el miedo de la muerte!

Certeramente nos ha introducido Apuleyo en la trama insoluble de la historia, en el lugar donde se cruzan deseo sexual e injusticia, violencia asesina y necesidad de catarsis. El anfiteatro de Corinto se ha convertido en el mejor templo sagrado: aquí se representa y reproduce, en cruda verdad, la mentira de nuestra condición humana. Los soldados traen a la mujer, los esclavos preparan las fieras, el instructor dispone el lecho nupcial del amor bestial/sagrado... Sólo el asno es algo racional en medio de la farsa, mostrándose atento y encontrando una solución creadora:

(En medio de esto...) nadie se preocupaba de vigilar a un asno tan manso como yo; y así, poco a poco, me fui acercando a la salida más cercana y escapé galopando a toda velocidad.

Después de recorrer seis millas sin parar llegué a Cencreas, ciudad considerada como la más ilustre colonia de Corinto y bañada a la vez por el mar Egeo y el golfo de Salónico...

Yo procuré evitar las aglomeraciones, buscando una playa retirada para tumbarme y descansar sobre la finísima arena...

El carro del sol había traspasado ya la meta del día y la tranquilidad de la tarde me había traído la dulzura de un profundo sueño (10, 35).

Ha sido un corto viaje. Como dice el texto, sólo seis millas (once kilómetros) separan a *Corinto* de Cencreas, su puerto oriental. Pero en el aspecto cultural y humano ha sido un largo itinerario abierto a la iniciación religiosa. El asno Lucio ha logrado escapar de Corinto, donde todo se hallaba dominado por el culto de Venus/Afrodita, con su prostitución sacral, con sus mil sacerdotisas esclavas dedicadas a la venta divina de su cuerpo. Deja la metrópoli y llega galopando de miedo a la costa de *Cencreas*, donde se eleva el gran santuario de Isis, la diosa salvadora de Egipto que puede ofrecer vida (renovación humana y esperanza) a sus

devotos. Ciertamente, el asno no lo sabe; pero Isis le ha estado esperando allí, junto a la playa donde acaba por dormirse²³.

Ha llegado el momento de la transformación. El asno fugitivo, amenazado de muerte en el centro de un rito dedicado a la Venus injusta y sanguinaria de Corinto, ha vuelto a los orígenes del mundo, a la playa donde podrá encontrar a la verdadera Venus en forma de Isis. Está en la orilla del mar en el que todo empieza, en la noche del más hondo renacimiento. Parece difícil expresar las cosas de un modo más hondo, más hermoso. Como iniciado en los misterios de la diosa, como hombre que se siente perdido en un mundo que acaba convirtiéndole en asno oprimido, condenado a la muerte, desde la orilla de la nueva verdad nos cuenta Apuleyo la iniciación del asno Lucio, signo de su propia iniciación, modelo de esperanza salvadora para el mundo:

Sobre la hora del primer relevo nocturno, me despertó una súbita pesadilla: veo el disco de la luna llena, que en aquel instante salía del seno de las olas irradiando un vivo resplandor. Me sentí al amparo de la sombra, del silencio y del recogimiento nocturnos; creí además en la augusta diosa y en su soberano poder; me convencí de que su providencia rige a su albedrío los destinos humanos y que, tanto los animales domésticos como las fieras indómitas y hasta la naturaleza inanimada, todo subsiste por la divina influencia de su luz y de su bendito beneplácito; pensé que en la tierra, en el cielo o en el mar, los seres vivos se desarrollan con la luna creciente y pierden vitalidad en su menguante; por último, dado que el destino ya estaba satisfecho con tantos y tan graves desastres como me había infligido y que, aunque tarde, me ofrecía una esperanza de salvación, decidí implorar a la venerada imagen de la diosa que tenía a la vista (11, 1).

La imagen de la Diosa es *la luna llena* que sale del mar por oriente, en el comienzo de una noche que será tiempo de revelación y renacimiento. La diosa, que en este contexto de Cencreas no puede ser otra que Isis, está representada por la luna que acompaña y da sentido a todo lo que existe, tanto en su nacimiento (creciente) como en su muerte (menguante).

El asno Lucio ha sufrido ya todo, ha escapado de la Venus mentirosa, amenazante, de Corinto. Ahora, junto al mar y en la noche, en la soledad de su encuentro con la naturaleza reconciliada (recién nacida), descubre a la verdadera diosa. Nadie se lo tiene que decir. No necesita ningún sacerdote o hierofante. Lo sabe desde el fondo de sí mismo, lo aprende en el contacto con el mar, la luna y noche. De esa forma se convierte en iniciado,

23. Sobre Cencreas y su santuario de Isis, cf. Varios, *Kenchreai. Eastern Port of Corinth I-V* (Leiden: Brill 1978-1981).

sacerdote de sí mismo: viene hasta el agua del amor y, bajo la augusta presidencia de la diosa/luna/Isis, se bautiza siete veces en el agua y ora:

Reina del Cielo (*Regina Caeli*), ya seas la *Ceres nutricia* (=Deméter), madre, origen y alma de las mieses, que en la alegría de encontrar de nuevo a tu Hija (=Perséfone o Proserpina), enseñaste a los hombres a dejar la bellota... para comer alimentos más agradables, y que ahora habitas los fértiles campos de Eleusis, ya seas la *Venus celestial* que, en los primeros días del mundo, uniste los sexos opuestos dando origen al Amor, para perpetuar al género humano en una eterna procreación, y que ahora recibes culto en el santuario de Pafos, entre las olas; ya seas la *hermana de Febo* (Artemisa, hermana de Apolo), que, aliviando con solicitud a las parturientas has alumbrado tantos pueblos, que ahora te veneran en el ilustre templo de Efeso; ya seas la *terrible Proserpina*, la de los aullidos nocturnos, la de la triple faz, que reprimes la agresividad de los duendes, cierras sus prisiones subterráneas, andas errante por los bosques sagrados y te dejas aplacar por un variado ritual; tú que, con tu femenina claridad (= luna), iluminas todas las murallas, con la humedad de tus rayos das vigor y fecundidad a los sembrados, y en tu marcha solitaria vas derramando tenues resplandores, sea cual fuere el nombre, sea cual fuere el rito, sea cual fuere la imagen que en buena ley hayan de figurar en tu advocación: tú, asísteme en este instante colmado de desventuras; tú, consolida mi tambaleante suerte; tú, pon término a mis crueles reveses y dame la paz.

Basta ya de fatigas, basta ya de peligros.

Despójame de esta maldita figura de cuadrúpedo, devuélveme a mi familia, devuélveme a mi personalidad de Lucio, y, si alguna divinidad ofendida me persigue con su implacable cólera, séame al menos lícito morir, ya que no me es lícito vivir (11, 2).

Esta es la oración dirigida a la *Regina Caeli*, reina del cielo representada en la noche por la luna, que ofrece su luz creadora y sanadora sobre el mar. El asno Lucio sabe que ella es diosa y confiesa que lo puede todo. No conoce por ahora su nombre ni su imagen. Por eso es significativo que ahora no la invoque como Isis, sino con los cuatro nombres supremos de las grandes diosas que él conoce. Esta reina del cielo en su noche sufriente:

es *Ceres/Deméter* la diosa del trigo y la cultura;

es *Venus Celeste*, la diosa del amor y la atracción procreadora;

es *Artemis/Diana*, hermana de Apolo, diosa vencedora que protege a los que luchan sobre el mundo;

es *Perséfone o Proserpina*, la reina del mundo subterráneo.

Es evidente que *Lucio, varón asno*, sólo puede invocar de verdad a la *diosa mujer*, confiándole la suerte de su vida. Pasan a segundo plano los

restantes, poderosos dioses masculinos: Zeus y Osiris, Hermes y Apolo. La vida de los hombres sólo encuentra sentido y salvación en una diosa creadora femenina que sea capaz de entenderle a él, transformando su cuerpo animal de asno violento, sólo lleno de deseos codiciosos, en carne verdaderamente humana. Sólo ella, la grande y bella diosa, puede salvar al hombre bestia, transformando su cuerpo y su alma. La mujer diosa parece así como principio de curación para los varones pervertidos, dominados por un fuerte demonio de violencia.

El mundo de los varones ha culminado en *Corinto* y su diosa, representada por las dos mujeres que Lucio ha encontrado al final de su camino: una liberada sexual que le convierte por placer en burro prostituto y una asesina cruel con quien quieren unirle en la gran plaza del circo, ante los ojos de todos los curiosos. Pues bien, frente a esas dos «malas mujeres» se eleva ahora en *Cencreas* la mujer verdadera, la diosa salvadora a quien se invoca como fuente de esperanza y portadora de salvación.

Éste es lugar de nacimiento de la nueva historia: un hombre asno suplicando en la noche de la playa desierta a la mujer diosa. Evidentemente, ella se le muestra con su rostro divino, brotando del agua, en el sueño sagrado. Ella es ahora *la Diosa abarcadora*, el símbolo y presencia de la sacralidad total del universo. Los adornos y signos de su cuerpo son la expresión más honda del conjunto de la realidad. Éstos son algunos de sus rasgos:

Es mujer celeste y nocturna: coronada por la luna, con manto de luna y estrellas.

Es mujer terrestre, fecunda madre tierra: va cargada de trigo, de flores y de frutos.

Es mujer del inframundo, reina del amor y de la muerte: la coronan las serpientes.

Es mujer de fiesta y victoria: así lo muestran el sistro y la cimbria (naveta) de su mano, igual que sus sandalias hechas de hojas de palmera (11, 3-4).

Ésta es la *presencia* de la diosa, que se vuelve realidad de salvación para el hombre asno sufriente. Sólo ella puede ofrecerle una respuesta de vida en este mundo o una esperanza de muerte (en la muerte) cuando acaben sus trabajos en la tierra.

Han fracasado las magias anteriores. Han esclavizado a Lucio los poderes políticos sociales y sacrales de este mundo. Esto había sido el hombre: un asno utilizado, aplastado, condenado a morir como simple juguete de un espectáculo burlesco. Nadie se había preocupado de su suerte; nadie le había querido ni escuchado. Pero viene ella, la Diosa, y le responde:

Aquí me tienes, Lucio; tus ruegos me han conmovido.
 Soy la madre de la inmensa naturaleza (*rerum naturae parens*),
 la dueña de todos los elementos (*elementorum omnium domina*),
 la progenie iniciadora de los siglos,
 la suprema divinidad, la reina de los manes,
 la primera entre los habitantes del cielo,
 la encarnación (*facies*) única de dioses y diosas.
 Bajo mi voluntad se encuentra todo: las luminosas bóvedas del cielo,
 los saludables vientos del mar, los silencios desolados de los infiernos.
 Soy la divinidad única (*numen unicum*) a quien venera el mundo entero,
 bajo múltiples formas, variados ritos y muy diversos nombres.
Madre de los Dioses me llaman en Pessinuncia, los frigios, primeros habitan-
 tes del orbe,
Minerva Cecropia soy para los áticos autóctonos,
Venus Pafia para los isleños de Chipre,
Diana Dictina para los saeteros cretenses,
Proserpina Estigia para los sicilianos trilingües,
Ceres Actea para la antigua Eleusis,
Juno o Bellona, Hécate o Rahmnusia soy para otros.
 Los pueblos del Sol naciente y los que reciben sus últimos rayos del poniente,
 las dos Etiopías y los egipcios, poderosos por su antigua sabiduría,
 me honran con el culto que me es propio y me conocen por mi verdadero
 nombre,
 ¡Soy la Reina Isis! (=Isis Regina) (11, 5).

Del viejo *politeísmo*, donde las diversas diosas cumplen funciones distintas u ocupan provincias diferentes de sacralidad, hemos pasado a un *monoteísmo funcional*, presidido por una gran diosa mujer. Ella asume de modo ecuménico los rasgos de todas las divinidades anteriores. Pero el resultado de la unión no es un simple culto sincretista en el que todo se mezcla y se pierden los aspectos más concretos de cada diosa. Más que sincretismo tenemos aquí una recreación teológica, realizada por la gran diosa de Egipto, la *reina Isis*.

Por eso, este largo pasaje se puede interpretar como una *autorrevelación salvadora*. A la orilla del mar presidido por la luna, en la noche del nuevo nacimiento, la gran diosa aparece ante el asno Lucio y le muestra sus funciones y su nombre. Ella fundamenta y da sentido a todo lo que existe en su propia divinidad materna y femenina, cósmica y humanizante. Ella es la *prima caelitum*, la primera de los seres celestiales; en ella se condensa la divinidad entera, de tal forma que aparece como *facies* o rostro (encarnación) de todos los dioses y las diosas. Así puede presentarse como *numen unicum* o única divinidad.

Esta condensación divina no aparece en el pasaje como resultado de una búsqueda filosófica (en contra de lo que había pretendido Plutarco),

sino como consecuencia de una revelación salvadora. Recordemos la escena. Los habitantes de la metrópoli corintia no saben nada de esto: se siguen divirtiendo en el anfiteatro de los amores fracasados de la Venus que vende sus encantos. Sólo él, el hombre asno, ha conseguido escapar de aquella fiesta de mentira, recibiendo ahora la presencia y palabra salvadora de la diosa que aparece en su más honda verdad como *la Reina Isis*.

Esta Isis no es ya pura materia que busca la forma, ni es el alma humana femenina que recibe el germen del esposo dios masculino (como en la visión final de Plutarco). Tampoco es una simple Deméter, enojada e impotente, que no logra sacar a Perséfone del hondo abismo donde Hades la tiene cautiva.

Isis encarna y representa ahora toda la potencia divina personal. Ella es el dios pleno y verdadero que se revela ante los hombres, en gesto de automanifestación misericordiosa y salvadora, transformándolos con su rostro y palabra femenina de amiga y madre. Por eso sigue respondiendo:

He venido, favorable y propicia, por haberme compadecido de tus desgracias.
 Déja ya de llorar; pon fin a tus lamentos, desecha tu tristeza.
 Ahora, por mi providencia, empieza a amanecer el día de tu salvación.
 Presta, pues, religiosa atención a las órdenes que te voy a dar:
 Desde los tiempos más remotos, la liturgia me dedica un día:
 es precisamente el día que va a nacer de esta noche;
 es el día en que amainan los temporales de invierno,
 se calman las olas del proceloso mar; vuelve a ser posible la navegación,
 y mis sacerdotes me consagran una barca nueva, como primicia de navegación.
 Has de esperar esa ceremonia sin impacencias ni ilusiones profanas...
 Te abrirás paso entre la multitud, e irás con todo fervor en mi séquito...
 Cuando estés bien cerca, muy devotamente, como si fueras a besar la mano
 del sacerdote,
 muerdes las rosas y al punto te quitarás de encima el pellejo de ese maldito
 animal...
 Pero habrás de tener siempre presente que me estás empeñado
 todo lo que te resta de vida —hasta el último aliento—,
 porque no deja de ser justo que le debas lo que te falta de vida
 a quien te va a permitir que vuelvas a estar entre los hombres.
 Así vivirás bienaventurado y feliz bajo mi amparo;
 y cuando a su debido tiempo bajas a los infiernos, como ahora me estás viendo,
 yo seré tu luz entre las tinieblas de Aqueronte, tu guía al atravesar la Estigia;
 y cuando te instales en los campos Elíseos, me venerarás como tu protectora
 (10, 6)

De esta forma habla la diosa, Isis salvadora y madre, ofreciendo al asno Lucio el camino de una pascua transformante. Ha terminado el invierno; es luna llena de la primavera. Los sacerdotes del gran santuario de Cencreas han de celebrar el próximo día la gran procesión del *navigium Isidos*, la *ploiaphésia*, que abre el tiempo de la navegación para los habitantes del Imperio (11, 17). Ella, la diosa del mar, es la que abre a todos los humanos las puertas del comercio y de la vida, los caminos del mar y la confianza sobre el mundo.

Evidentemente, Lucio obedece. Se prepara con fervor y se incorpora a la gran procesión de devotos que le admiten sin ningún problema. En el momento culminante se acerca hasta la imagen de Isis y consigue comer ritualmente sus rosas sagradas, recuperando la figura y la palabra humana (11, 13). Éste es el comienzo de la nueva navegación del asno Isis; ésta es su más honda iniciación mística, su pascua salvadora, es el día que ha seguido a la noche de luna llena de la primavera, en que él mismo ha realizado los siete ritos del bautismo sagrado en las aguas del mar. De esa forma supera para siempre el viejo mundo de magos engañosos y pícaros bandidos; deja atrás la angustia de una vida dominada por la lucha entre los dioses y comienza a ser humano bajo el patrocinio de la diosa.

El buen Lucio ha pasado de la esclavitud de las pasiones y curiosidades, que le habían convertido en asno, a la libertad del servicio de la diosa verdadera que es Isis. Se abre para él una vida nueva de entrega religiosa, como le indica el sacerdote que preside la gran procesión y que actúa como hierofante. Así puede resumirse el sermón místico de Isis:

Ahora estás bajo la tutela de una fortuna clarividente (la de Isis) que ilumina a los demás dioses con su esplendorosa luz.
 Pon ya una cara más alegre, en consonancia con tus blancas vestiduras y súmate con paso triunfal al cortejo de la diosa salvadora.
 Abran sus ojos los impíos, vean y reconozcan su error:
¡ahí va, libre de sus pasadas angustias por la providencia de la gran Isis, ahí va Lucio, feliz y triunfante vencedor de su destino!
 No obstante, para mayor seguridad y garantía, alístate en esta sagrada milicia, para la cual, hace pocas horas, la diosa requirió tu juramento, conságrate desde este instante al servicio de nuestra religión y sométete de un modo voluntario al yugo de ese ministerio.
 Pues, cuando hayas entrado al servicio de la diosa, entonces sí que sentirás las dulzuras de tu libertad (11, 15)

Con este pasaje podemos concluir el tema. Isis se ha convertido para Lucio en la diosa salvadora, en la madre que le engendra siendo virgen (así la vemos en muchísimas estatuas llevando en brazos al niño divino, sin

necesidad de marido). Es diosa total, virgen y madre, que suscita un movimiento de fidelidad (castidad) entre sus fieles. Lucio había estado encerrado hasta ahora en un cuerpo de asno, sometido a la violencia y pasión de los deseos más violentos, más irracionales. Ahora, la Diosa del cuerpo celeste, Isis la sabia, le libera para el servicio de su religión misteriosa, humanizante. Sólo nos queda recordar que Isis es divinidad abarcadora, pero quizá no es todavía una persona. Ella es sólo un signo femenino de cercanía afectiva y de sentido vital dentro del gran proceso de la vida que le desborda y sobrepasa. Evidentemente, ella es mujer, es mundo hermoso, es diosa; pero seguimos esperando en ella a la persona.²⁴

24. Para quien desee seguir estudiando la figura de Isis, cf. Ch. FROIDEFOND, en *Isis et Osiris* (Paris: Budé 1988) 5-176, y en las notas al texto. B.L. MACK, *Logos und Sophia* (SUNT 10; Göttingen 1973), ha utilizado el mito de Isis para interpretar parte de la literatura sapiencial judía, especialmente el libro de Sab.